

Duke y Mahalia

Por Raymond Mouly

Duke Ellington en su constante afán renovador ha, puede decirse, recreado una de las obras más importantes de su carrera: la suit «Black, brown and beige». Escrita en 1938, retocada en 1943, transformada ahora nuevamente, al menos en cuanto a la forma.

Conocido es el argumento de la B.B.B.: Ellington escribió un poema sinfónico cantando el despertar doloroso del pueblo negro sometido, su acceso a la fe y su esperanza en la emancipación. La precedente versión grabada en 1944, causó gran impresión a los aficionados. La composición sorprendió, tanto por el carácter casi clásico de su escritura como por la aparente heterogeneidad de los temas. Actualmente, este re-make no causará ninguna sorpresa. Los grandes del jazz nos han acostumbrado a formas de expresión muy variadas: por otra parte, la «Black, brown and beige» 1958 presenta un carácter más unido y una coherencia acrecentada. La grabación no reproduce la integridad de la obra. Está consagrada a las dos principales piezas de la suit, «Work song» y «Come Sunday», y a una composición adicional nueva, la «23 Psalms».

El único pesar que ocasiona la audición de esta versión con la precedente, es la ausencia de Tricky Sam, que daba al «Work song» todo su carácter angustioso. Aquí, el movimiento es aligerado por supresión de la introducción y aceleración del tiempo.

Pero la orquesta toca con más swing, magistralmente acompañada por Sam Woodyard. A esta obertura que crea un clima de opresión, sigue «Come Sunday», que evoca por medio de John Sanders (tb.) y de una pizzicato de Ray Nance (v.), el extraño nacimiento de una conciencia humana. El movimiento termina por una serie de solos tonificantes ejecutados por Harry Carney (sb.) y Shorty Baker (tp.). La tercera parte es un combinado de las dos primeras: el trombón Britt Woodman y Cat Anderson a la trompeta se intercalan brillantemente, pero son los plenos de orquesta los que dan toda su brillantez al movimiento. Después, canta Mahalia. Su voz magníficamente registrada, es más bella que nunca. ¡Qué amplitud, qué generosidad, qué riqueza de matices! Es sublime y olvidamos la forma decidida-

mente extra jazz de esta pieza. El tema que canta Mahalia en la cuarta parte es repetido en la quinta por Ray Nance al violín, pero con algunos desgraciados incidentes de justeza al principio. El movimiento acaba, en una atmósfera de recogimiento y anuncia el final.

He aquí consagrado el encuentro de Duke con Mahalia Jackson. Es el fruto de una iniciativa feliz; Ellington pensó que el disco no había podido tener conclusión más noble que este canto de gracia. La víspera del día previsto para la grabación, rogó a Mahalia que llevase una biblia al estudio. Sobre una introducción orquestal de una rara belleza, canta este cántico de David:

«El eterno es mi pastor; no careceré de nada».

«El me hace reposar en verdes prados...»

La personalidad musical de Duke Ellington, toda sensibilidad y armonía, nos da con esta reciente producción la prueba de su total madurez. Ellington,

lo sabíamos ya, lleva la responsabilidad de haber dado al jazz una de sus formas más nobles y permanentes. Pero actualmente afirma casi definitivamente su lenguaje orquestal y su espiritualidad, en una palabra, su estética musical.

Trad. P. G.

Viene de la página anterior

otro elemento (el primero de orden formal, el segundo, material) se hallan íntimamente relacionados. Un clima de «swing» intenso conduce al ejecutante a una mayor inspiración que redonda en la calidad de las frases que vierte. Es necesario puntualizar aquí que la línea melódica seguida en el jazz corresponde a la improvisación del ejecutante sobre determinados acordes al tomar un tema conocido como base. Es este el camino más puro de ejecución jazzística y es el seguido en las «jam sessions», reuniones de músicos con el único fin de «to play», buscando solamente el placer de la crea-



Ray Nance